

mente su plan de internación á la sierra. Ordenó á Olañeta que con el grueso de su fuerza marchase sobre la costa por las altiplanicies del Alto Perú en dirección á los valles de Azapa y Tarapacá. Dispuso que Valdés con su división, acudiera á marchas forzadas á cubrir Arequipa, como el punto céntrico que debía recibir el primer ataque y avanzara sobre las vertientes occidentales de la cordillera en observación de los invasores. Canterac se movió en consecuencia de Huanca-yo con dos batallones y cuatro escuadrones que sumaban 2,400 hombres, dejando otros tantos en Jauja á cargo de Loriga. Valdés, poniendo alas en los pies de sus ágiles soldados serranos, fué el primero que se presentó á cubrir el punto amenazado. Cuando las primeras velas de la expedición se avistaron en Arica, ya el activo general español coronaba las alturas de Moquegua en la sierra con 1,750 infantes, 750 hombres de caballería y 4 piezas de artillería. A pesar de la relativa inferioridad numérica, resolvióse á disputar el terreno, fiado en lo fuerte de sus posiciones, — que conocía bien, — y en el apoyo del ejército de Canterac que avanzaba á marchas forzadas en su sostén.

## IV

La primera señal de vida que dió el general invasor, fué la ocupación de Tacna, por el regimiento Río de la Plata y los Granaderos á caballo de los Andes, con 4 piezas de artillería (24 de diciembre). Ocho días después (1.º de enero de 1823), esta vanguardia destacada á 72 kilómetros de la reserva, con un desierto intermedio, era reforzada con los batallones núm. 5 de Chile y núm. 11 de los Andes, á órdenes del general Enrique Martínez, segundo jefe del ejército. En el mismo día, señalóse la presencia del enemigo en Calana, á diez kilómetros

al N. E. Era el general Valdés, que suponiendo que la fuerza allí situada no pasaba de mil hombres, había pensado sorprenderla con 400 infantes montados en mula, 400 hombres de caballería y 2 piezas de artillería. Con tal intento habíase movido desde Sama en la tarde del 31, al través de un árido arenal de 50 kilómetros sin agua. Extraviado por los guías en la oscuridad de la noche, al amanecer del día siguiente (1.º de enero de 1823) no estaba á la vista de Tacna. Viendo que la sorpresa no era ya posible, inclinóse sobre su izquierda, y acampó en Calana, sitio abundante en agua y forrajes, á 17 kilómetros de la ciudad. Su situación era peligrosísima. No podía desandar el camino hecho (que sólo es transitable en la noche) sin exponer su tropa á perecer en la travesía. Sus cabalgaduras estaban fatigadísimas por una rápida y penosa marcha de doce horas. La fuerza de que disponía no alcanzaba ni á la mitad de la que tenía á su frente.

El general Enrique Martínez se hallaba á 10 kilómetros de Tacna con los batallones 4.º de Chile y núm. 11 de los Andes al amanecer del día 1.º, después de una marcha de 50 kilómetros al través de otro arenal. Señalada la presencia del enemigo en Calana, dispuso que la fuerza que ocupaba la ciudad (1,200 hombres), eligiese una buena posición y esperase su incorporación. Á las 11 de la mañana recibió parte de que los realistas avanzaban en son de ataque. Adelantóse personalmente para reconocer el campo. El enemigo ocupaba el camino que conduce á la cordillera, parapetado por su izquierda con zanjas y tapias, y una altura sobre su derecha. Parecía dispuesto á la pelea. Era un ardid de Valdés, que considerándose perdido, — como lo confesó después, — hacía cara fea al enemigo, para ganar tiempo y salvarse. Martínez no se decidió á atacarlo. Limitóse á hacer observar sus movimientos con un batallón del Río de la Plata, y el regimiento de granaderos á caballo, á la espera del resto de su fuerza. Á la una del día estaba reunida toda la vanguardia argentino-

chilena en número de más de 2,000 hombres, de las tres armas, contra ochocientos (21). En vez de ganar el tiempo perdido, el general independiente dispuso que un batallón y un escuadrón marchase á tomar la altura de la derecha del enemigo con el objeto de flanquearlo, y avanzó algunas guerrillas á la vez que su artillería disparaba algunos tiros perdidos. Los realistas, al observar el lento movimiento envolvente, concentran sus fuerzas y se ponen en retirada. Entonces se adelanta toda la caballería independiente para comprometer el ataque. Ya era tarde. El sol se ponía en el horizonte. La columna de Valdés, había ganado el día. Después de sostener algunas guerrillas de retaguardia y cambiar algunos tiros de cañón, se replegó á Pachía, diez kilómetros más al N. E., donde pasó la noche sin ser hostilizada. Al día siguiente, continuó la retirada por el pie de la sierra y volvió á ocupar su anterior posición de Moquegua (22).

(21) Según se detalló en nota anterior de este capítulo, el regimiento Río de la Plata constaba de más de 900 plazas, el núm. 11 de 380, el regimiento de Granaderos á caballo de 460, que suman 1,740 soldados argentinos, sin contar el núm. 4 de Chile, que según el último estado de Lima tenía más de 600 plazas, lo que da un total de más de 2,300 hombres. El general Martínez, en su « Contestación á un pasaje de las Memorias de Miller » (op. en 6 pág. en fol.), no hace mención de su fuerza pero tampoco dice que fuese inferior á la del enemigo, la que computa en 1,500 infantes y 500 hombres de caballería. Es un hecho fuera de cuestión que la columna de Valdés no pasaba de 800 hombres, según el testimonio unánime de los historiadores americanos y españoles.

(22) El general Martínez, en su « Contestación » citada, explica este hecho del modo siguiente: « El enemigo se puso en retirada, la que le era fácil, en razón de que los dos mil hombres de que se componía *(ya se ha dicho que eran sólo 800)* estaban perfectamente montados. La mayor parte de la infantería (*independiente*) estaba demasiado fatigada y la caballería no podía destinarse á perseguir un cuerpo de ejército que llevaba 1,500 infantes. Por otra parte, tenía órdenes terminantes del general en jefe de no abandonar á Tacna ». — Debe saberse, que Pachía, donde pasó la noche del 1.º de enero la columna de Valdés, es como un arrabal rústico de Tacna, de que sólo dista 36 kilómetros y 20 kilóme-

El general Alvarado permanecía mientras tanto en Arica con el resto de sus fuerzas. Al fin se decidió á abrir la campaña. El 13 de enero ocupó el valle de Locumba, con la resolución de marchar sobre Moquegua. Era precisamente lo que Valdés se proponía: atraerlo al camino de antemano por él reconocido, donde le era fácil oponerle una eficaz resistencia por el frente, y por donde esperaba á su retaguardia el apoyo de Canterac, que le aseguraba la victoria. Empero, tan ignorante del avance de Alvarado, como éste lo estaba de sus movimientos, destacó al coronel Ameller con tres compañías de infantería y 125 caballos, con el objeto de sorprender la vanguardia independiente, que consideraba muy débil. Después de una larga y fatigosa marcha por caminos de travesía, se encontró Ameller al amanecer del día 14 á tiro de cañón de todo el ejército independiente. El jefe español, emprendió en orden su retirada hacia el norte de Locumba, disputando el terreno, y débilmente perseguido por el espacio de 15 kilómetros, consiguió reunirse á la división de Valdés en Moquegua. También se malogró esta oportunidad brindada para dar un golpe al enemigo, que estableciese por lo menos el predominio moral al abrir la campaña. Todo indicaba que este predominio estaba del lado de los realistas, que no se economizaban y se movían, y cuando se veían en apuros, sabían hacer frente con serenidad á los peligros, y salvar intactas sus tropas de lances en que, vigorosamente atacados, habrían seguramente sucumbido.

Después de este segundo fracaso negativo, que muy poco prometía, penetró Alvarado con su ejército en masa en la amena quebrada de Moquegua, por cuyo centro corre el río de Ilo. El 17 estaba en la Rinconada, á 25 kilómetros del pueblo de Moquegua, donde el río Torata se derrama en el

tros de Calana (punto del encuentro), por camino llano con agua y forrajes en abundancia.

Ilo, y empiezan los viñedos que constituyen la riqueza de la comarca. El mismo día, Valdés escribía á Canterac: « Hasta » ahora todo ha salido á medida de mis deseos. El enemigo » sin advertirlo marcha á su total destrucción » (23). Efectivamente, la campaña de intermedios estaba perdida. El cuerpo de ejército de Canterac se hallaba á tres jornadas de Torata, y el de Valdés convergía al mismo punto, de antemano elegido para dar allí á hora fija la batalla decisiva con la ciencia y conciencia del triunfo.

## V

El 18 ocupó sin resistencia el ejército independiente la ciudad de Moquegua, después de un ligero tiroteo de avanzadas. Esta ciudad, situada en una hondonada más abajo de la confluencia de los ríos Ilo y Torata, está dominada al este por una montaña cortada á pique que se levanta 300 metros sobre el nivel del valle y sólo tiene una salida accesible. Desde este punto resolvió Valdés disputar el terreno palmo á palmo. La naturaleza lo favorecía. Desde Moquegua, el terreno forma una serie de alturas sucesivas y encajonadas, fáciles de defender contra fuerzas muy superiores, y que se prolongan hasta los altos de Valdivia á espaldas del pueblo de Torata. Los realistas coronaron de guerrillas todas las alturas, estableciendo emboscadas en las escabrosidades laterales. El ejército independiente marchó de frente en guerrillas y desalojó sucesivamente á los realistas de sus posiciones, que perdieron como 300 hombres en esta valerosa y bien conducida retirada (24). En Torata hizo pie firme y tendió Valdés

(23) Ofi. de Valdés á Canterac de 17 de febrero de 1823 (« Boletín Ext. del ejército nacional (realista) de operaciones », núm. 20).

(24) Espejo: « Rasgos hist. biog. del coronel Pringles », pág. 82.

su línea de batalla, en las faldas de los altos de Valdivia, sobre el camino de Puno, á la espera del cuerpo de ejército de Canterac, que se hallaba á poco más de una jornada de distancia. El 19 á las 4 de la tarde, los dos ejércitos estaban frente á frente. Los independientes llevaron sobre la marcha el ataque sobre la falda del cerro empeñándose un vivo fuego de fusilería. En ese momento, desplegó en tiradores un batallón español y cubrió el centro al grito de: ¡ *Aquí está Gerona!* Simultáneamente apareció coronando los altos de Valdivia una parte del refuerzo de Canterac, y lanzó otro estruendoso grito: ¡ *Viva el rey!* que repercutió en todas las cavidades de la montaña. La batalla cambió de aspecto. La victoria se decidía por los armas del rey de España, merced á la pericia de sus esforzados generales y ágiles soldados. Canterac, que se había adelantado con un destacamento, dispuso reforzar su flanco derecho, por donde la izquierda independiente avanzaba en columna, sostenida por la caballería y ganando terreno. La derecha realista rechazó este « temible ataque », como lo llama Canterac. Inmediatamente toda la línea realista cargó de frente sobre la infantería de los independientes, que agotadas sus municiones, volvió caras, y fué fusilada por la espalda, dejando el campo sembrado de cadáveres (25). El sol se ocultaba en esos momentos en el hori-

(25) El general Alvarado pasó el parte oficial de esta batalla, que se publicó en Lima en el núm. 41 de la « Gaz. del Gobierno », de 5 de febrero de 1823, en el que también habla de la subsiguiente jornada de Moquegua. En su « Mem. hist. biog. » dice, sin embargo, que no se halló en Torata. He aquí sus textuales palabras: « Nada he dicho intencionalmente del combate habido en Torata cuarenta y ocho horas antes del de Moquegua, porque no me encontré en él, y porque mi juicio » no se estimará imparcial ». (Arch. San Martín, vol. LXXII). De esto resultaría que nadie mandó la batalla de Torata, pues el general Enrique Martínez, que era el segundo jefe del ejército, en su « Contestación á las Memorias de Miller », cit., pág. 4, se refiere tan sólo á disposiciones dadas al tiempo de emprender la retirada, lo que haría suponer que sólo llegó en ese momento.

zonte. El mismo día y en las mismas horas de esta triste derrota, el congreso del Perú decretaba un monumento en Arica, en honor del ejército libertador del sud!

Tal fué la batalla de Torata, en que se peleó con valor por una y otra parte, pero sin concierto por parte de los independientes; distinguiéndose por su firmeza y resistencia el primer batallón de la Legión peruana, que por la primera vez entraba al fuego. La pérdida del ejército argentino-chileno-peruano pasó de 500 hombres entre muertos y heridos. Los españoles, confesaron una pérdida total de 250 hombres entre muertos y heridos, que se cree fué mayor.

Los derrotados batallones independientes se replegaron á su reserva, sostenidos por los certeros fuegos de su artillería, donde se rehicieron en una altura frente al pueblo de Torata. El enemigo se contuvo. El general Alvarado ordenó la retirada, protegida por las sombras de la noche. El 20 estaba otra vez en Moquegua, á 25 kilómetros del campo de batalla. Pasóse una revista de municiones, y se encontró que no se contaba sino con ocho tiros por plaza en las cartucheras. El general reunió una junta de guerra para aconsejarse. Unos fueron de opinión de replegarse á Arica por el camino de Tacna, y otros de reembarcarse por el puerto de Ilo. Parece que la mayoría estuvo porque se eligiese una posición ventajosa para resistir; que se mandasen traer municiones de Tacna, y que si antes de recibirlas eran atacados, se llevase una carga brusca á la bayoneta al enemigo para vencer ó morir. El general en jefe dijo: que si no contase más que con cincuenta soldados, con ellos se batiría contra los españoles (26). Después de tantos retardos y vacilaciones,

(26) El general Alvarado declara, empero, en su parte oficial publicado en la « Gaceta » de Lima, lo siguiente: « En Moquegua, donde permanecí » hasta el 21 en que el enemigo me obligó á un nuevo combate desventajoso por mi parte ».

esta resolución, inspirada por el despecho, era una temeridad sin esperanzas. La salvación estaba en una pronta retirada. No se supo ó no se quiso aprovechar el tiempo, y el 21 al amanecer, cuando el ejército enemigo se presentó á la vista de Moquegua, todavía permanecían los independientes allí.

La posición elegida por Alvarado en Moquegua era fuerte y se prestaba á una batalla defensiva, que prometía ventajas con tropas resueltas, pero bien municionadas, y sobre todo, bien montadas. Apoyaba su izquierda en los suburbios de la ciudad sobre el cementerio. Extendía su línea sobre el perfil de una planicie en la prolongación de un barranco escarpado que cubría su frente, con un camino de herradura en el centro que barrían los fuegos de la artillería. Sobre la derecha se elevaba una árida altura formando una larga cuchilla. Observando el general español que se había descuidado este punto culminante, que podía considerarse la llave de la posición, ordenó que Valdés con dos batallones y dos escuadrones lo ocupase y llevara un ataque decidido sobre la derecha independiente, mientras él con el resto de su infantería cargaba por el frente, salvaba el barranco, apoyado por su artillería, y la caballería amagaba el flanco izquierdo de los independientes. Así se hizo, y la victoria coronó por segunda vez las armas realistas en el espacio de cuarenta y ocho horas. El ejército independiente flanqueado y atacado de frente formó martillo sobre su derecha, y después de una corta y valerosa resistencia á sable y bayoneta, se dispersó completamente, dejando en el campo 700 muertos y heridos con 1,000 prisioneros, según los españoles, quienes por su parte declararon una pérdida de sólo 400 hombres en las dos jornadas, no obstante confesar que algunos de los cuerpos perdieron la mayor parte de su gente en Moquegua (27).

(27) Camba: « Memorias » etc. cit., t. II, pág. 50, dice: « Una victoria tan completa se compró á costa de la sangre preciosa de varios ofi- »

Los Granaderos á caballo de los Andes mandados por Lavalle, dieron dos valientes cargas para cubrir la retirada de los dispersos; pero cargados nuevamente por la caballería enemiga vencedora, se dispersaron á su vez. Las reliquias de los derrotados en Torata y Moquegua se embarcaron en Ilo. De los cuatro mil hombres que componían el ejército expedicionario de puertos intermedios, poco más de mil hombres regresaron á Lima á las órdenes del general E. Martínez.

El general Alvarado se dirigió á Iquique, para recoger el cuadro del núm. 2 de Chile, dejado allí con un transporte de refugio. Olañeta, que había acudido con parte de su ejército desde Potosí, ocupaba ya los valles Lluta, Azapa y Tarapacá. Con tan poca previsión en lo pequeño como en lo grande, el general dispuso que un corto destacamento bajase á tierra con el objeto de practicar un reconocimiento (14 de febrero). Olañeta, que se hallaba emboscado en el pueblo, cayó sobre él con dos batallones, y todo el destacamento fué sacrificado peleando valientemente (28). En seguida, bajo el

---

» ciales y soldados, particularmente del Cantabria y del primer escua-  
» drón de la « Guardia: éste perdió la mitad de su gente ».—Este autor, testigo presencial de los sucesos y por lo general imparcial y exacto, y sobre todo técnico, es uno de los historiadores que hemos tenido presentes al relatar las batallas de Torata y Moquegua, así como á Torrente: « Hist. de la Revolucion. H. Amer. », t. III, cap. XIV, ambas autoridades españolas. Además los partes de los generales españoles publicados en el « Boletín » de Cuzco. — De parte de los americanos hemos tenido presentes: Miller: « Memorias », cuya tropa se halló en ambas batallas.— « Contestación á las Memorias de Miller », por el general E. Martínez, 2.º jefe del ejército independiente.—Espejo (testigo presencial) « Rasgos hist. biog. de Pringles ». — « Hist. del Perú Indep. », por Paz Soldán.— En las notas correspondientes quedan citados los demás documentos manuscritos consultados, entre ellos la « Memoria hist. biog. », escrita por el mismo general en jefe Alvarado.

(28) Véase: op. de Simeón de la Rosa: « Al soberano congreso de 1864 » (del Perú), imp. en Lima. — En su « Mem. hist. biog. », dice el general Alvarado: « Llegué de noche y fui instruido por el jefe de la

pretexto de hacer llegar algunos auxilios pecuniarios á sus prisioneros y recomendarlos á la humanidad del vencedor, Alvarado invitó á una entrevista al general español. Este le manifestó sin empacho, que estaba muy lejos de entregar los prisioneros á una autoridad ilegítima creada por una revolución de jefes liberales; y exaltado por grados, los calificó de « traidores liberales », manifestando su resolución de separarse del virrey, y limitarse á la defensa del territorio del Alto Perú en nombre del rey absoluto (29). Esta declaración, fué una de las ventajas más señaladas de la segunda expedición á puertos intermedios, de la que tanto se prometía San Martín en su plan póstumo. La otra, fué la que alcanzó Miller, quien con sus 120 hombres, hizo más que todo el ejército expedicionario, al poner en alarma á todo el sud, distrayendo la división de Carratalá.

---

» guarnición de Iquique (donde había dejado un transporte en que de-  
» bía embarcarse si era invadido el puerto) que el general Olañeta había  
» ocupado Tarapacá. Al aclarar el día, pude desde cubierta observar, que  
» en el pueblo de Iquique no había movimiento de gentes, y me per-  
» suadí estaba desocupado por fuerzas enemigas. Ordené que se practi-  
» case un reconocimiento, desembarcando quince hombres con un ofi-  
» cial subalterno, previniendo no se empeñase combate. El jefe de dicha  
» fuerza, saltó á tierra con más fuerza que la que se le había ordenado,  
» y fué víctima de su temerario arrojo, con algunos oficiales que le acom-  
» pañaban ». M. S. (Arch. de San Martín, vol. LXXII). — Según La Rosa (Simeón) en su op. cit. en la nota anterior, las fuerzas que desembarcaron fueron dos compañías (que sumaban 80 hombres) una de la Legión Peruana y otra del núm. 2 de Chile, al mando del comandante de la Legión Peruana La Rosa, los mayores Manuel Taramena y José Méndez Llano, dirigidos por el coronel Francisco Bermúdez (chileno). La Rosa y Taramena, fueron muertos. El congreso en memoria de este hecho, decretó que ambos pasasen revista perpetuamente en la Legión Peruana.

(29) « Mem. hist. biog. », de Alvarado, M. S. cit. — El general español don Jerónimo Valdés, comprueba este hecho en su « Exp. docum. al Rey », cit., en que dice: « La conferencia secreta que tuvo Olañeta en Iquique el año 23 con Alvarado, general en jefe del ejército de los insurgentes, etc. . . no permiten de modo alguno dudar que Olañeta traicionó la causa del rey y fué infiel á sus deberes ».